

124

STANISLAV

PANEGÍRICO

DE SAN ESTANISLAO, OBISPO Y MÁRTIR.

*Reddite quæ sunt Cæsaris Cæsari, et  
quæ sunt Dei Deo.*

Dad á César lo que es de César, y á Dios  
lo que es de Dios.

(MATTH. XXII, 21.)

El Señor, como supremo dominador, tiene sus derechos inamissibles, y los príncipes tienen tambien los suyos concedidos por Dios. Nadie puede violar los unos sin faltar tambien á los otros; el faltar á Dios es faltar tambien al príncipe, porque el príncipe es ministro de Dios. La autoridad divina y la real se sostienen mutuamente, y la ruina de la una lleva trás de sí la de la otra. Muy poco deben contar los soberanos con la fidelidad de aquellos súbditos que no son temerosos de Dios: éstos viven unidos al monarca por puro interés, y si éste se muda, cesa su fidelidad; las firmes columnas de los tronos son aquellos que en los principios de la religion han aprendido á respetar y amar la autoridad de Dios en la de sus soberanos.

La historia de Polonia nos propone en el undécimo siglo, reinando Boleslao II, un buen ejemplar de esa verdad. Por aquel tiempo vió la Polonia y el mundo un santo obispo fiel á su patria y á su príncipe, porque era fiel á Dios; celoso en oponerse al vicio, porque amaba tiernamente á su príncipe y á su patria; mas ¡ah! este santo obispo fué victima de su amor y de su celo; y el desgraciado Boleslao experimentó muy pronto las funestas consecuencias de la ruina de la más firme columna de su trono, y de haber perdido el más fiel y el más valeroso de todos sus vasallos.

Hé ahí, señores, en bosquejo, el retrato de S. Estanislao, obispo de Cracovia, y una sucinta idea de los hechos que han de servir para formar su panegirico: fundaré éste en aquel principio de la política cristiana, el cual asegura, que la verdadera fidelidad de un buen

súbdito consiste, en dar á su Dios y á su rey lo que á cada uno es debido. Vereis, pues, hermanos míos, en S. Estanislao un súbdito, tanto más fiel á su patria y á su príncipe, cuanto lo fué á su Dios: este será el asunto de la primera parte; y un obispo, tanto más celoso de la honra de su Dios, cuanto lo fué del bien de su patria y de su príncipe: este será el asunto de la segunda.

Para desempeñar cristianamente el asunto que me he propuesto, acudo á la intercesion de la Santísima Virgen, saludándola con el Angel: *A. M.*

Todos los pueblos del mundo miraron siempre el amor de la patria como virtud; la misma naturaleza inspira este amor; y la religion, lejos de desaprobalo, lo consagra; pero, aunque todos los ciudadanos son deudores á su patria de ese amor, como á su comun madre, me parece que ésta tiene particulares derechos sobre los nobles: los nobles son como la flor del Estado, gozan de singulares distinciones y prerogativas en la sociedad, y, por lo tanto, están obligados á servirla con mayor esmero. Esta máxima general, en ninguna parte era tan inviolablemente observada, despues de las antiguas repúblicas, como en Polonia; y en esas admirables ideas se crió el jóven Estanislao, las cuales hicieron mayor impresion en su corazon y en su alma, por tener á la religion como fundamento y principio. En el discurso de este panegirico vereis, hermanos míos, como este amor y esta fidelidad á su patria, dimanaban de la piedad, y se confirmaban con la ciencia; despues vereis, que se manifestan en el estado de vida que abraza; y por último, admirareis su heroicidad en los ejercicios á que se dedica.

¿Qué ejemplos de virtud no tuvo nuestro Santo desde luego en su propia familia? Su padre era más respetado por su nobleza personal, que por la que habia heredado de sus mayores, no obstante de no existir en Polonia quien le excediese en nobleza y en riquezas; su madre, digna por todos titulos de tal esposa, habia sido siempre reverenciada por la Iglesia de Polonia, como una de sus más santas protectoras. Con sus ejemplos se iba formando el jóven Estanislao, los cuales hallaban en su corazon unas disposiciones muy favorables para seguirlos y abrazarlos. Todos admiraban sus talentos: era á un mismo tiempo amado de los pueblos y admirado de los grandes. Manifestaba una profunda penetracion, superior á su edad, junto con una modestia y una prudencia mayor que sus talentos: era elocuente entre los oradores, aún ántes de haber estudiado los preceptos de la oratoria; filósofo entre los filósofos, sin haber aprendido todavía sus máximas.

Fué á la capital de la monarquía francesa á perfeccionar sus estudios, en un tiempo en que halló muy poderosos auxilios para lograr sus fines, pues la Iglesia de Francia admiraba entónces á todo el universo con la piedad y doctrina de los Pedros de Cluni y de los Bernardos. ¡Oh Polonia! muy pronto verás regresar á Estanislao cargado de preciosos tesoros de la más pura doctrina; que vá á derramar en tu seno las riquezas que ha juntado con tanto cuidado; perfectamente instruido en los derechos civil y canónico y en las obligaciones de obispo y de súbdito, no solamente se halla en estado de desempeñarlas, sino tambien de poderlas enseñar.

No podía ménos de conocer nuestro Santo el alto puesto á que la Iglesia le destinaba en su patria; pero al mismo tiempo que estudiaba sus obligaciones, veía sus dificultades y obstáculos, y se atemorizaba. Por otra parte, el olor de virtud que entónces exhalaban las célebres abadías de Cluni, del Cister, y Claravalle, le encantaba; la santa tranquilidad de que gozaban tantos hombres celestiales, le hacía suspirar por aquel género de vida; prefería la utilidad de servir al Dios de sus padres en el silencio del retiro, á la gloria que podía resultarle de ir á anunciar la voluntad del Señor á los pueblos y á los reyes. Mas la vocacion se manifiesta, el espíritu de Dios se apodera de Estanislao, como de Ezequiel; oye á este espíritu, que le habla en lo íntimo de su corazón y le dice: Hijo del hombre, sepas que te he escogido para que veles sobre la casa de Israel; si no vés á anunciar al impío que está ya para caer sobre él mi venganza, perecerá en su iniquidad; pero tú me serás responsable de su pérdida. Al oír dentro de su alma esta poderosa voz, los peligros, los obstáculos, las dificultades, el amor á la soledad, todo se desvanece: la voz del Cielo le dá á conocer de cuanto es dendor á su patria; su corazón se siente con aliento para exponerse á los mayores peligros; se aumenta su amor al estudio, porque sabe que el que ha de instruir á otros nunca debe tenerse por suficientemente instruido; el espíritu que le anima le hace devorar con nuevas ansias los santos libros: *Comede volumen istud*, se llena de este celestial manjar, se alimenta con él, y las divinas noticias que adquiere son en su boca como una miel agradable, la que derrama con abundancia en los pueblos á donde Dios le envía. Con estas disposiciones llega nuestro Santo á Polonia.

Fué puesto sobre el candelero de la Iglesia de Cracovia, que fué lo mismo que destinarle á ser astro luminoso que alumbrase toda la Polonia. Mas no os figuréis hermanos míos, que esta promoción fué repentina y temeraria, pues ántes de ser colocado en el trono episcopal, pasó por todos los grados de la jerarquía: el mejor general es el

que ha empezado por simple subalterno; este órden es igualmente útil á los que mandan y á los que obedecen. No debió Estanislao su elevación á su nacimiento, sino á su virtud; no la debió á los servicios de sus padres, sino á los suyos propios; tampoco la recibió como recompensa, sino como cargo, y como un cargo en que ántes se habia ejercitado por mucho tiempo: habia leído los libros santos al pueblo ántes de explicárselos; ántes de establecerle juez de la doctrina ya se habia admirado, en sus elocuentes discursos, lo profundo de su sabiduría; ántes de tomar el en su mano el timon del gobierno de su iglesia, habia asistido y acompañado á su obispo en los trabajos de su dignidad.

Vivia en la mayor pobreza y se ejercitaba en continuas y ásperas desgracias; pero su caridad, tiernamente compadecida de las ajenas desgracias, nada negaba á cuantos infelices llegaban á implorar su clemencia: sus limosnas le privaron muy pronto del copioso patrimonio que habia heredado de sus mayores, el cual, no solamente se convirtió en patrimonio de los pobres, sino que ni aún la administración de él quiso retener Estanislao. Vendió las posesiones y distribuyó su precio, sin dejarle su caridad más arbitrio que la divina Providencia, para poder en adelante satisfacer á la bondad de su corazón.

Los sermones que hacia á su pueblo eran muy propios de su génio; estaban dispuestos con una erudicion acomodada, sin ostentacion ni fausto, y animados de una elocuencia suave y amorosa; sencillos y puros, llenos de majestad, acomodados á la inteligencia del pueblo, con el adorno necesario para que no desagradasen á los sábios; mas de manera, que este adorno era natural, y consistia toda su eficacia en las verdades que encarecía. Nada de esto anuncia en nuestro Santo un génio áspero é inflexible: si en adelante se vió precisado á revestirse de la voz del trueno; si como Elias se dejó arrebatado del espíritu de fuego, los males de su patria le obligaron á ello: siempre se manifestó fiel en acudir á remediar las necesidades de su patria, porque siempre fué fiel á su Dios; y si despues se declaró vivamente celoso de los intereses del Señor, acreditaba en esto mismo su celo y su amor á la patria.

Jamás se vió estado más floreciente en el principio, ni más deplorable en lo sucesivo, que el reino de Polonia en tiempo del reinado de Boleslao II: émulo de la gloria del gran Boleslao, su tercer abuelo, le igualó, y aún acaso le hubiera sobrepujado, si despues de haber sido la admiración del Norte por sus heroicas hazañas, no se hubiera dejado deslumbrar de su propia gloria. La naturaleza formó

en él un héroe, y la prosperidad le hizo degenerar en tirano: los bohemios, los rusos, los prusianos y los húngaros experimentaron, sucesivamente, y aún algunas veces todos juntos, la fuerza de su invencible brazo. Aquellos pueblos vencidos admiraron su moderación y su bondad; su corte era el asilo de todos los príncipes desgraciados; la generosidad de Boleslao les hacía olvidar sus desgracias, y su valor las reparaba muy pronto: como justo conquistador prefería la gloria de disponer de las coronas á favor de sus legítimos dueños, á la de cargar con ellas su propia cabeza. En todo este tiempo fueron muy felices sus súbditos; aún sus mismos enemigos no podían llamarse desgraciados; la inclinación guerrera que en él se advertía, servía de esmalte á sus virtudes reales y políticas, las cuales, con sus cristianos procederes, llegaban á lo sumo de la verdadera grandeza: su único cuidado en los diez y seis primeros años de su reinado fué vengar la majestad real ultrajada, defenderla, hacerla amar, amparar á los infelices, socorrer á los necesitados, fundar asilos para la virtud, dilatar el imperio de la Iglesia, y facilitar á todos sus súbditos las dilatazas y utilidades de la paz, en medio de los tumultos de la guerra.

Empero ¡ah! ¿cómo se oscureció tan repentinamente este hermoso oro? ¿Qué viento venenoso manchó su resplandor? ¿Qué se hicieron el valor y la fortaleza de este nuevo David y de todos sus campeones? Corrompido el ejército con el vicio, desde él se derrama el contagio por todo el imperio; hasta el sexo débil abandona el pudor que le es natural; su iniquidad es, en algun modo, mayor que la de Sodoma: pues sabed, hermanos míos, que bajo de estas alegóricas expresiones del profeta Jeremias, no hago más que pintar muy al natural los desórdenes y desgracias de la infeliz Polonia. Semejantes desgracias siempre han sido efecto necesario y natural de las delicias y de la sensualidad; éstas, al mismo tiempo que corrompen el corazón, turban el entendimiento, debilitan el valor y sofocan la virtud. Las delicias privaron á Sanson de su fortaleza, y á Salomón de su sabiduría: ¡qué cruel venganza no han conseguido siempre contra sus vencedores los pueblos afeminados, comunicándoles su lujo y sus delicias! De esta suerte, señores, la deliciosa ciudad de Kiovia fué el funesto escollo de las virtudes y el sepulcro de la gloria del infeliz Boleslao: no busqueis ya en él al héroe de Polonia, al árbitro del Norte, al protector de los reyes, y el conquistador de los reinos; ya no es más que un vil esclavo de sus propias cautivas. El ejemplo de los reyes tiene un influjo muy poderoso sobre los pueblos: el desorden pasa desde el príncipe á los grandes que le rodean, y de éstos se co-

munica á toda la multitud: ya no acompaña á Boleslao aquel ejército de héroes; que no respiraban más que gloria; su corte se compone de unos infames desertores de su patria, que, embriagados en las delicias de la sensualidad, viven olvidados de sus propias familias. Apenas podrá creer la posteridad las funestas consecuencias que tuvieron tales excesos; los desórdenes de Kiovia fueron como la señal de una prostitucion general de toda la Polonia; y apenas se hallaban algunas Susanas en toda la extension de aquella nueva Babilonia, que conservasen algunos pensamientos de honor y de religion. Llegó á Rusia la noticia de estos horrores, y la vergüenza despierta á los soldados polacos de su sensual letargo: no dan oidos sinó á su sentimiento; abandonan á su príncipe, dejándole entre sus enemigos para ir á castigar la infidelidad de sus esposas, y el delito de sus galanes, á quienes la desesperacion puso las armas en las manos, para resistir con la fuerza el justo castigo que les amenazaba. Vá Boleslao á Polonia en seguimiento de sus tropas fugitivas, y convierte su reino en un teatro de la más horrible venganza. ¡Qué espectáculo éste, católicos! El príncipe armado contra sus súbditos, los esclavos contra sus señores, las esposas contra sus esposos, los hijos contra sus madres; todos, finalmente están resueltos á lavar su injuria con la sangre de sus mismos conciudadanos. ¡Funesta pasion, detestable sensualidad! tales son los frutos de tus deleites.

Apénas habia un año que Estanislao ocupaba la silla episcopal de Cracovia, cuando empezó esa horrible revolucion: quisiera yo tener, hermanos míos, las expresiones de Ezequiel ó Jeremias, para pintar cuanto hizo, cuanto dijo, y cuanto sufrió en esta ocasion nuestro santo obispo; su corazón se deshace al pié de los altares en amargo llanto; las abominaciones de su pueblo penetran su alma con un vivo dolor: ¿Pero os parece, católicos, que se contentará con socorrer á su patria con las lágrimas? No por cierto; al ver la desolacion que vá á causar este funesto torrente de iniquidades, se apodera de él una santa indignacion; su celo se inflama; la mano del Señor le acompaña y le comunica fortaleza. Mas ¡oh Dios mío! nuestro Santo, del mismo modo que vuestro profeta, vá á hablar á un pueblo que no quiere oír; una vez perdida la vergüenza, ¿qué esperanza de remedio puede quedar en el corazón de un criminal? Pero nó, generoso pontífice, no se ruborice vuestra virtud en presencia de unos hombres que no se avergüenzan de sus vicios; no los temáis, no obstante estar despojados de todo sentimiento de humanidad: la fortaleza de Dios, de que estáis lleno, os hará más intrépido para salvarlos, que lo que ellos lo han sido para correr á su perdicion. Semejante Estanislao al

gran sacerdote Onías en medio de las turbaciones de Jerusalén y de Judea, unas veces acude al príncipe para aplacar su ira y mitigar su venganza, otras se dirige á los súbditos; y con suaves insinuaciones y persuasiones eficaces, despierta en unos el amor á la patria, y apaga en otros el fuego de los celos y del rencor; hace hablar á la naturaleza, aviva las centellas de religion, que aún no se habian del todo apagado. Pero todavía alcanza más con sus oraciones que con sus discursos: Dios pono en sus manos los corazones de todos; y disponiendo de ellos á su voluntad, consigue, finalmente, la tranquilidad de la Polonia.

¿Qué tesoro tan rico es para un imperio un santo, y, particularmente, un santo como san Estanislao, sábio, elocuente y tan lleno de erudicion como de celo! Mas la desgracia de Polonia consistió, en que Boleslao no supo conocer este beneficio: el exceso á que habian llegado sus pasiones, habia introducido en su alma una frenética demencia, que, despues de haberle cegado, le habia hecho insensible á todo. Su trono estaba sitiado de infames aduladores y rodeado de viles esclavos; aquéllos, siempre elocuentes para justificar los más injustos deseos, y éstos, siempre prontos para ejecutarlos. Las personas virtuosas y verdaderamente celosas del bien de su patria y de su príncipe, temiendo ser inficionadas con el contagio, se retiran, ó se contentan con gemir en secreto: ¡ah, y cuán pocos Bautistas, Crisóstomos, Ambrosios y Estanislao se cuentan en el mundo! Ninguno de los santos obispos de Polonia se atreve á presentar al pié del trono las modestas quejas del Estado agotado y de la religion oprimida; todos ponian los ojos en Estanislao; él solo parecia tener el valor necesario para hablar, y la ciencia y prudencia suficientes para que fuesen atendidas sus amonestaciones. ¿Quéos parece, hermanos míos, que hará en tales circunstancias? ¿Disimulará unos males que no era posible ocultar? ¿Hará traicion á los intereses de su Dios, intereses que toda la Iglesia de Polonia ha fiado á su celo? ¿Hará traicion á su príncipe, abandonándole á la venganza del Cielo irritado contra él? El respeto y la condescendencia de que se usa con los príncipes á costa de la verdad y de la virtud, no es tributo que se les deba, sino un tributo que se paga á Satanás. Bien sabia Estanislao esta máxima; pero tampoco ignoraba, que si la demasiada condescendencia degenera en lisonja, el demasiado rigor suele conducir á rebelion, y casi siempre es nécia temeridad. ¿Que prudencia no se necesita para no caer en uno de estos tan peligrosos extremos? Quisiera, hermanos míos, poderos referir aquí todas las expresiones del santo obispo, á lo ménos con la elegancia que las pinta el sabio autor de su vida: postrado á los piés

del monarca, bañados sus ojos en lágrimas, no obstante ser señales poco expresivos del vivo dolor que penetra su corazon, le representa su antigua gloria, como fruto de sus virtudes, y le pide no oscurzca en la flor de su edad tanto resplandor; expone á su vista la patria extenuada con la sangre que por él ha derramado en tantas guerras; el triunfo que prepara á los mismos enemigos, que él tantas veces ha vencido; le representa la afliccion de la Iglesia, de esta madre á la cual tan tiernamente ha amado, y que todavía funda en él todas las esperanzas. ¿Será posible, señor, le dice, que frustreis estas esperanzas, ni que quebranteis el juramento de fidelidad que la habeis hecho, el que hasta ahora habiais observado tan escrupulosamente? ¿La habeis ahora de privar de vuestros antiguos beneficios, y os habeis de obstinar en afrentarla? Al decir estas palabras, el dolor sofoca en algun modo al santo pontífice, los suspiros ahogan su voz, no le queda accion sino para abrazar las rodillas de su príncipe, y suplicarle con sus lágrimas, que ponga fin á las desgracias de Polonia, á las de la Iglesia, y á las suyas propias.

¿Qué corazon podrá resistir á tanta caridad? Boleslao finge compasion; no obstante estar acostumbrado su brazo á los mayores delitos, no se atreve á descargarlo sobre Estanislao; pero se dispone á hacerlo por medio de una perfidia. Valiéndose de un indigno artificio, muy propio de Jezabel y de Acab, cita á su presencia al santo obispo como usurpador de una posesion que habia adquirido para su iglesia. Estanislao no tenia más testigo de la legitimidad de su posesion, que el mismo dueño á quien la habia comprado; pero éste habia tres años que habia muerto; no obstante, promete hacerle comparecer: á la frente de su clero y seguido de todo el pueblo, vá lleno de una santa confianza al lugar de la sepultura. ¿Os parece, católicos, que aquel monton de polvo y podredumbre ha de volver á recobrar la vida? No lo dudeis, porque el Señor habita en su siervo. Huesos áridos, exclama Estanislao, oid la voz de Dios: al pronunciar este precepto, empieza á oirse un ruido confuso y extraordinario; aquellas inanimadas cenizas se mueven, y cobran nueva vida; los huesos se juntan unos con otros, cada uno se coloca en su lugar; los nervios y las carnes se manifiestan, y la piel cubre todo el cuerpo; en este estado se le reúne el alma para animarle de nuevo. ¡Ah! cuando el Señor se explica de este modo á favor de sus ministros, es preciso que su celo sea muy justo y legítimo.

Empero la persecucion contra Estanislao no cesa; el Santo tenia muchas veces que ocultarse; mas no obstante lo oculto que vivía, su palabra, llevada en alas del divino celo que le inflamaba, vuela por

toda la Polonia; él mismo siente unos interiores impulsos que no le dejan sosegar: Sus amigos procuran detenerle, mas en vano; la prudencia tiene sus límites, fuera de los cuales degenera en cobardía. A los extremos males corresponden extremos remedios; y aunque éstos no produzcan el deseado efecto, no por eso se ha de motejar de imprudencia al que los aplica. Páreceme, católicos, que estoy viendo al gran sacerdote Zacarías, hijo de Yoyada, al pié del altar en donde sacrificaba las victimas, cayendo él mismo víctima de su celo, á los golpes del monarca de Judá. Esta figura, señores, es muy semejante, y solo se diferencia, en que Estanislao no reclama como Zacarías al tiempo de morir, la venganza de su Dios; porque instruido con la doctrina y el ejemplo de su divino Maestro, ofrece su sangre por el mismo que la derrama. ¿Cómo podia ser infructuoso el sacrificio de tan pura víctima ofrecida por un pontífice tan santo? ¡Oh, Dios mio, qué admirables son vuestros juicios! El mayor prodigio, católicos, es ver el efecto que produce la sangre del generoso mártir en su mismo tirano: cruelmente atormentado Boleslao con los remordimientos de su propia conciencia, teme á su mismo trono, huye de él, y en ninguna parte puede hallar sosiego: errante y fugitivo vá de Polonia á Hungría, de Hungría á Carinthia: vuestra mano misericordiosa, oh Dios mio, le condujo á un puerto seguro, en donde permaneciendo el resto de su vida, desconocido de todo el mundo, pudiese alcanzar el perdón de tantos delitos, ejercitándose en obras de penitencia, en compañía de unos famosos solitarios.

Solo resta, señores, que procuremos imitar el admirable ejemplo de nuestro glorioso Santo. Bien veis que la proposicion, que naturalmente se infiere de este discurso, es la misma que propuse al principio de él, á saber: que desempeña mejor las obligaciones que debe á su patria y á su príncipe, aquel que es más fiel en cumplir con lo que debe á su Dios. Seamos, pues, fieles á nuestra patria y á nuestros soberanos, porque esta fidelidad es parte de la que á Dios debemos; seamos celosos de la gloria de nuestro Dios; pero procuremos que nuestro celo sea como el de Estanislao, prudente, para que no sea calificado de temeridad, y generoso cuando la ocasion lo exige, para que la demasiada circunspeccion no degenera en cobardía. Procuremos imitar todas las heroicas virtudes que en él hemos admirado, y de esta manera lograremos, despues de haber celebrado sus triunfos en la tierra, acompañarle en la Gloria. *Amén.*

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE  
DE LOS  
PANEGÍRICOS  
en honor de los  
SANTOS  
que contiene este primer tomo.

	PAG.
PANEGÍRICO de los Santos Abdón y Senén, abogados contra las tempestades, rayos y la piedra. . . . .	1
» de Santa Águeda, virgen y mártir. . . . .	10
» I de San Agustín, obispo y doctor. . . . .	47
» II de San Agustín, obispo y doctor, (su Conversion). . . . .	29
» de San Alejo. . . . .	36
» de San Alfonso Maria de Ligorio. . . . .	46
» del Beato Alonso ó Alfonso Rodriguez. . . . .	56
» de San Ambrosio. . . . .	64
» de Santa Ana. . . . .	72
» I de San Andrés, apóstol. . . . .	81
» II de San Andrés, apóstol. . . . .	91
» de San Andrés Avelino, abogado contra las muertes repentinas. . . . .	98
» del Santo Angel Custodio, ó de la Guarda. . . . .	108
» de San Anselmo, obispo y doctor. . . . .	116
» de San Antolin. . . . .	125
» I de San Antonio, abad. . . . .	132
» II de San Antonio, abad. . . . .	140
» I de San Antonio de Pádua. . . . .	149
» II de San Antonio de Pádua. . . . .	159
» de Santa Apolonia, virgen y mártir. . . . .	167
» de San Atanasio, patriarca de Alejandría. . . . .	173
» de San Atilano, obispo de Zamora. . . . .	183
» de Santa Bárbara. . . . .	191
» de San Basilio, abad, obispo y doctor de la Iglesia. . . . .	199
» de San Bartolomé, apóstol. . . . .	208
» de San Benito, fundador. . . . .	216
» de San Benito de Palermo. . . . .	225
» de San Bernabé, apóstol. . . . .	236
» de San Bernardo, doctor y fundador. . . . .	245
» de San Bernardo Calvo, obispo de Vich. . . . .	254